

Referimos esta anécdota, como indicio de lo poco buscados y leídos que eran, durante el reinado de Fernando VI, algunos de los mejores poetas líricos del siglo de oro.

Hemos mencionado, y mencionaremos todavía varias veces, la *Academia del Buen Gusto*, y es conveniente dar alguna idea de esta célebre tertulia literaria, que, así por su objeto, por la importancia y fama de las personas que la componían, y hasta por su aristocrático carácter, contribuyó al triunfo de la escuela de los preceptistas. Todos saben que estas academias ó saraos literarios, de que se encuentran muchos ejemplos en la antigua Roma (1), fueron en Europa, aún antes del Renacimiento, uno de los medios más activos para promover y fomentar el amor á las letras. El halago de las pláticas literarias entre gente culta é ilustrada, y los estímulos de la noble emulacion de la gloria fueron siempre poderosos incentivos en las naciones civilizadas. ¿Quién no trae á la memoria las poéticas academias que con tanto lustre celebraban los moros de Córdoba y Granada, la célebre Academia de Oxford, fundada por Alfredo-el-Grande, y la no ménos famosa de los *Juegos Florales*, creada por la inmortal Clemencia Isaura? Los certámenes y las justas poéticas empeñaron siempre el ánimo de los españoles. En el *Cancionero de Baena* hay muchos ejemplos de esta afición á las competencias literarias, y es de notar que una justa poética fué el segundo libro que se imprimió en España (2). Academias hubo dañosas á las letras, porque daban pábulo al gusto sutil ó altisonante, que todo el mundo aplaudía, haciendo subir de punto los alardes de lucimiento y bizarría de ingenio que hacían los académicos para sobrepujarse unos á otros. El más alambicado ó el más nebuloso solía llevar la palma de la discrecion ó de la sublimidad, y todos se esmeraban á porfía en aumentar, sin saberlo, la corrupcion reinante. Los extraños y pedantescos títulos que adoptaban las academias, expresan las tendencias de afectacion que preponderaban en ellas. En Palermo hubo la Academia de los *Encendidos*; en Roma, la de los *Fuertes*; en Bolonia, la de los *Inescrutables*; en Barcelona, la de los *Desconfiados*; en Setúbal, la de los *Problemáticos*; en Valencia, la memorable de los *Nocturnos* (1591), en la cual cada académico tomaba un nombre poético alusivo á la noche, y así uno se llamaba *Sombra*, otro *Silencio*, otro *Vigilia*, otro *Sereno*, otro *Reposo*, otro *Tiniebla*, y por el mismo estilo los demas, hasta el número de cuarenta y cinco personas que constituían la academia. *Palestra conceptuosa* se llamó en Madrid una justa poética en 1722. La afición á las ideas emblemáticas, achaque de aquellos tiempos, que se habia ido introduciendo en las letras como prenda de elegancia y cultura, tomó en algunas academias el carácter bucólico y pastoral, una de las más sándias afectaciones que produjo la literatura extraviada. La *Academia de los Arcades*, formalmente constituida en 1790 por Crescimbeni, poeta con razon olvidado, pero en realidad creada antes, en el palacio Corsini de Roma, por Cristina de Suecia, aquella reina esclarecida que, ansiosa de civilizacion, llevó á su lado á Descartes y á Grocio, y rindió sin tregua culto sincero á las conquistas de las ciencias y á los hechizos de las letras y de las artes, caracteriza la decadencia del verdadero sentimiento poético. Esta academia de los *Arcades*, la más famosa de Italia por mérito y por desprecio (3), tuvo por objeto poner coto á los extravíos del gusto *marinesco*. Mas no hizo, en verdad, sino trocar el delirio por el fastidio, y desarrollar ridículamente la moda pastoral, que, hija degenerada de la imaginacion de Sannazaro, que habia dado á la Arcadia griega una forma ideal, produjo tanta insulsez y amaneramiento en la poesia. Doce hombres insignes fueron escogidos para la formacion de las leyes académicas de los *Arcades*, entre ellos el sabio dean de Alicante, don Manuel Martí (4). Todos ellos se reunían en el *Bosco Parrasio* del Monte Janículo, donde emblemas, usos académicos y tareas poéticas:

(1) Las más célebres son las de Neron, en que el mismo Neron y Lucano leían versos.

(2) Certámen poético celebrado en Valencia el 25 de Marzo de 1474. *Obres é trobes*, etc. Fué impreso el mismo año. (Fuster, tomo 1, pág. 52; Velazquez,

página 51.) Ya en 1468 se habia impreso en Barcelona el *Opúsculo gramático* de Bartolomé Mates.

(3) Expresion de César Cantú.

(4) Jimeno, *Escritores del reino de Valencia*.

todo tenía un carácter por demas risible y candoroso. Estaban contagiados del espíritu de afectacion y de artificio que habia corrompido las letras, y da de ello manifiesto testimonio la pueril prescripcion de designar á los *Arcades* con nombres más ó ménos griegos, á veces en sumo grado extravagantes, con lo cual se daban por alistados entre los pastores de la Arcadia. Desde el de *Alfesibeo*, que adoptó Crescimbeni, hasta los que usa todavía esta hoy anacrónica academia, ¡qué lista tan singular de exóticos nombres, tan extraños á veces por su sonido, y siempre por la ficticia transformacion personal que suponen! ¡Prelados, cardenales, y hasta pontífices, transformados en pastores de Arcadia, siempre tan amartelados, tan disertos y tan insípidos! El éxito maravilloso de esta academia fué la consagracion de aquella plaga de poetas pastoriles que se inspiraban en su gabinete, sin ver más cielo ni más campo que la pared ó el tejado de la casa vecina, y de aquella moda irrisoria que convertía entre nosotros al respetable *Jovellanos* en el *mayoral Jovino*, al rígido magistrado *Forner* en el *zagal Fornerio*, al severo canónigo Porcél en el *caballero de los Jabalies*, y al grave don Jaime Villanueva en el *pastor Jamelio*.

A veces tropezaron estas academias con insuperables obstáculos. Una de ellas, la *Academia Imitatoria*, establecida en Madrid á imitacion de las famosísimas de Italia (1586), en la cual tomó Lupercio de Argensola el nombre de *Bárbaro*, por alusion á la hermosa jóven doña Bárbara de Albion, con quien se casó al año siguiente, empezó sus tareas con felicísimos auspicios. «Multitud de personas eminentes le servían de columnas. Oyentes calificados, grandes, títulos y ministros del Rey iban á oír con aplauso y atencion» (1). Y sin embargo, no duró un año esta sociedad literaria. Blanco sin duda de los tiros de la malevolencia, la opinion llegó á serle contraria. Así lo da á entender el mismo Argensola:

Y si del ocio huyendo, por recreo
Busca la discrecion de la academia,
Que ser humilde tiene por trofeo,

Le sigue y le persigue la blasfemia,
Como si fuera público enemigo:
Tal es el precio con que el vulgo premia.

Tambien aconteció que algunas de estas academias acabasen, como familiarmente se dice, á capazos, siendo necesario mandarlas disolver, por haber convertido sus individuos la provechosa emulacion en contiendas desaforadas del amor propio y de la envidia. Aludiendo á los magnates, dice Cristóbal de Mesa:

Si alguno de ellos hace una academia,
Hay saetas, competencias y porfias
Mas que en Ingalaterra ó en Bohemia.

«Nacieron (dice Cristóbal Suarez de Figueroa) de las censuras, fiscalías y emulaciones no pocas voces y diferencias, pasando tan adelante las presunciones, arrogancias y arrojamientos, que por instantes, no sólo ocasionaron menosprecios y demasías, sino tambien peligrosos enojos y pendencias; siendo causa de que cesasen tales juntas con toda brevedad» (2).

Tambien en épocas posteriores reinaba en estas tertulias literarias, segun la condicion de las gentes, cierto espíritu vulgar y grotesco. «Se entretejían los saraos, dice el doctor don Manuel Perez Valderrábano, echando relaciones, pasos de comedia, cantando al fandango jácaras de valentones, y se recitaban poesías ó sermones burlescos. Todo esto cesó de cuarenta años á esta parte (1786); y más vale que no se restituya, si no fuese con mejor cultura y mejor influjo para las costumbres» (3).

Pero otras innumerables academias particulares fueron, por el contrario, en alto grado provechosas á las letras y á la civilizacion. Imágen de ellas son la que celebran en la segunda

(1) Juan Rufo, *Apoteogmas*; 1596.

(2) *Plaza universal de todas las ciencias y artes*; 1615.

(3) Prefacio á la *Angelomaquia*, ó *Caida de Luzbel*, poema. Palencia, 1786.

jornada de *La Moza de cántaro* de Lope de Vega, don Juan, el Conde su primo y doña Ana, la cual con lógico rigor censura el epíteto *serenos* aplicado á los ojos, alegando que en ellos la inmovilidad no es gran mérito; y asimismo la academia sevillana que retrata y no satiriza Velez de Guevara en el *tranco IX* de *El Diablo cojuelo*, en la cual leían versos el poeta cómico granadino don Álvaro Cubillo de Aragón, secretario de ella, y doña Ana de Caro, *décima musa sevillana*. De los certámenes y academias que sirvieron de estímulo y fomento á la cultura intelectual, podríamos citar un crecido número. Nos limitaremos á recordar la academia que tuvo en Madrid Hernan Cortés, á la cual asistían el cardenal Poggio y otros varones de cuenta; la llamada *Selvaje*, por haberse instituido, en Madrid (1612), en casa de don Francisco de Silva, á quien Cervántes y Espinel elogian con encarecimiento (1); la justa poética de Zaragoza, en que fué premiado Cervántes (1595); las celebradas públicamente en Madrid con gran pompa, con motivo de la beatificación de san Isidro Labrador, en un tablado construido al frente de la iglesia de San Andres, en las cuales fueron competidores los más esclarecidos ingenios, Lope de Vega, Calderon, Guillen de Castro, Jáuregui, Espinel, Zárate, Silveira, Montalvan, Castillo Solórzano, Pantaleon de Rivera (1620-1622); y la insigne academia de Madrid denominada Castellana, de la que fué secretario don Jerónimo de Cáncer. Las academias y las justas poéticas se hicieron tan frecuentes y se vulgarizaron de tal modo, que no tardaron en provocar las burlas de los mismos poetas, como puede verse en el ridiculo certámen que Salas Barbadillo introduce en su comedia *El Cortesano descortés* (2). La afición á escribir versos degeneró en manía, y certámen hubo en que llegaron á cinco mil las composiciones presentadas (3).

Entre las academias provechosas merecen especialmente ser señaladas la llamada *della Crusca*, cuyo célebre vocabulario (1612) es siempre la primera autoridad para la lengua italiana, y algunas establecidas en España con objetos especiales de enseñanza; entre ellas la *Academia Valenciana*, creada en 1742 con el designio de fomentar los estudios históricos, la cual publicó las *Obras cronológicas* del Marqués de Mondéjar; la que en 1690 se fundó igualmente en Valencia, en casa del Conde de la Alcudia, para el cultivo y enseñanza de las ciencias; y otras que, siguiendo la tradición de la *Academia de Nostra Senyora de la Sapiencia* (1606), se instituyeron en la misma ciudad, figurando en ellas los insignes matemáticos y astrónomos Tosca, Coraehan, Zaragoza, maestro de Carlos II, y otros precursores del esclarecido Jorge Juan (4). A estas academias, gloria imperecedera de Valencia, se debe en gran parte que, á principios del siglo XVIII, cuando en muchas ciudades de España habían caído las ciencias y las letras en el más lamentable abandono, ardiesen en esta ciudad ansia noble del saber y amor vehemente á los deleites de la inteligencia.

En los últimos años del reinado de Felipe V iba ya en decaimiento la afición á las academias literarias, que tan en auge habían estado en los dos siglos anteriores. Prueba de ello es la que se estableció en Madrid por aquel tiempo con el título de *Academia Poética Matritense*. Formaban parte de ella el célebre *Cañizares*, *Quadros*, *Palacios*, el Marqués de la Olmeda, don José Benegasi, don Agustín Cordero (secretario), y otros poetas inclinados á la escuela popular. Pero les faltó el fervor ó la buena armonía, y la academia se deshizo por sí misma (5).

(1) Cervantes, *Viaje del Parnaso*, cap. II.—Vicente Espinel dice de Silva, en *El Escudero Marcos de Obregon*: «Pocos dias há, sirviendo á su rey, murió como valentísimo soldado.»

(2) Comedia en prosa. Impresa en Madrid, por la viuda de Cosme Delgado, año de 1621.

(3) *El Pasajero*; advertencias utilísimas á la vida humana, por el doctor Cristóbal Suarez de Figueroa. Madrid, 1617.

(4) Véanse *Jimeno* y *Fuster*; contienen noticias exactas y copiosas de estas ilustres academias.

(5) Dan de ello testimonio dos sonetos burlescos de Benegasi. El Presidente no asistía, y los demás académicos acabaron por hacer lo mismo. Así empieza uno de los sonetos:

Ilustre Academia, ¿qué se hizo
La gran aplicación con que empezaste?
¿Qué se hizo el presidente que buscaste?
.....

Menester era que hubiese estímulos extraordinarios para que, en una época en que la organización oficial iba substituyendo en muchas cosas á la acción espontánea de los particulares, subsistiese por cierto tiempo una academia de esta especie. Estos estímulos extraordinarios, á saber: riqueza, prestigio cortesano, conjunto de eminencias intelectuales, imitación de las costumbres elegantes de la corte francesa, se reunieron en la academia poética que, con el nombre *del Buen Gusto*, ya usado por otra de Palermo, se instituyó en Madrid, en casa de la insigne señora doña Josefá de Zúñiga y Castro, condesa viuda de Lémos, despues marquesa de Sarria, que habitaba un hermoso palacio en la calle del Turco.

Mezcla de las academias poéticas, tan florecientes en los siglos XVI y XVII, y de las tertulias literarias de las damas de la aristocracia francesa, que tuvieron su apogeo en el *Hôtel de Rambouillet* y en la corte de Sceaux, la *Academia del Buen Gusto*, que debe contarse entre las útiles á las letras, forma época en la historia poética del siglo último, así porque fué la última importante de su género, como igualmente porque contribuyó á dar fuerza y autoridad á la reforma doctrinal.

Jóven, hermosa, ilustre, rica, discreta é instruida, la Condesa de Lémos cautivaba fácilmente la voluntad, y atraía á su sociedad á las personas más distinguidas de la Corte en nacimiento y letras. Era aquí como un reflejo de la seductora *Julie d'Angennes*, del *Hôtel de Rambouillet*. Hermana del Duque de Béjar, y acostumbrada desde su infancia á los refinamientos del lujo, dió á sus tertulias literarias un carácter elegante y aristocrático, que cuadraba á aquella literatura, que era un recreo de gabinete, y no un desahogo del espíritu popular. El festivo *Villarreal*, uno de los académicos, habla así de la Academia en un *Vejámen* muy chistoso:

Aquí estoy en Madrid, que no en la Alcarria, Y en la casa tambien de la de Sarria, Marquesa hermosa, dulce presidenta, Que no sólo preside, mas sustenta,	Con dulce y chocolate, Al caballero, al clérigo, al abate, Que traen papelillos tan bizarros, Que era mejor gastarlos en cigarros (1).
--	---

Allí se reunían Montiano, Luzan, Nasarre, el Conde de Saldueña, el Marqués de la Olmeda, el Conde de Torrepalma, Porel, Velazquez, el Duque de Béjar y otros poetas que constituían la aristocracia literaria de aquella época, que, así en España como en Francia é Italia, se hermanaba fácilmente con la aristocracia nobiliaria.

Fueron los fundadores de la *Academia del Buen Gusto*:

- El Conde de Saldueña*, primogénito del Duque de Montellano, con el nombre académico (2) de. *El Justo desconfiado*.
- El Conde de Torrepalma*, embajador, individuo de las academias Española y de la Historia, con el de. *El Difícil*.
- Don Agustín de Montiano y Luyando*, del Consejo de su Majestad, su secretario en la Cámara de Justicia y Estado de Castilla, individuo de la Academia Española y director perpétuo de la Academia de la Historia, con el de. *El Humilde*.
- El Duque de Béjar*, caballero del Toison de Oro, con el de. *El sátiro Marsias*.
- El Duque de Medina-Sidonia*, de la Academia Española,
- El Duque de Arcos*.

El otro soneto es como sigue:

Se duda de Palacios, si os dejó;
Del segundo buscado, si querá;
Con que así la Academia se estará
En los mismos pañales que empezó.
Si al Marqués de la Olmeda se admitió,
Y á Cañizares, ¿por qué nunca va?
¿Qué hacen, dime, los dos? Y ¿qué hacen ya
Quadros y Benegasi? R. ¿Qué sé yo?
¿Qué determina el Conde? ¿Qué el Marqués?
¿Qué se hacen tantos individuos? di.
R. Se deshacen, por ir todo al revés,

Y la Academia (vaya de tí á mí),
¿Es dable que se pierda? R. No lo es.
¿Luego ¿estaba perdida? R. Señor, sí.

- (1) Actas de la *Academia del Buen Gusto*. (MS.)
- (2) Además de los nombres académicos aquí citados, usaron otros individuos de la Academia los siguientes: *el Ícaro*, *el Remiso*, *el Incógnito*, *el Aburrido*, *el Amigo del Amuso*. En la Academia firmaban siempre con estos extraños pseudónimos. Los señores Gayángos y Vedía pusieron en claro los ver-

Agregarónse despues á la Academia :

- Don Francisco Scotti Fernandez de Córdoba*, caballero de Santiago, caballero de campo del Rey; autor dramático.
- El Marqués de Casasola*.
- El Marqués de Montehermoso*. (Fué más adelante individuo de la Academia Española.)
- El Marqués de la Olmeda*, comendador de Santiago.
- Don Blas Antonio Nasarre y Ferriz*, de la Academia Española, con el nombre académico de. *El Amuso*.
- Don Alonso Santos de Leon*.
- Don José Villarroel*, presbítero, con el de. *El Zángano*.
- Don Francisco de Zamora*.
- Don José Antonio Porcél y Salablanca*. En 1789 era canónigo de la catedral de Granada, con el de. *El Aventurero*.
- Don Ignacio de Luzan*, con el de. *El Peregrino*.
- Don Luis José Velazquez*, marqués de Valdeflores, con el de. *El Marítimo*.

El canónigo don Juan de Luzan, en una nota á las *Memorias* que escribió acerca de la vida de su esclarecido padre, cita todos estos nombres; pero tenemos fundamento para creer que esta lista de los académicos del *Buen Gusto* no es completa, y que algunas otras personas señaladas en las letras asistieron á las juntas de la academia y tomaron parte en sus tareas. No nos parece, por ejemplo, muy aventurado conjeturar que el famoso *fray Juan de la Concepcion*, poeta agudo y repentista, amigo de los Duques de Béjar y de Medina-Sidonia, y honrado ademas con el aprecio de la Duquesa de Arcos y de la misma Condesa de Lémos, que se complacian en verle lucir su fácil ingenio, perteneciese á la brillante sociedad poética (1).

La *Academia del Buen Gusto* hizo ruido en la Corte, y de ella decia con donaire don Juan de Iriarte, aludiendo á que aquel grupo de poetas estaba presidido por una mujer, que esta academia era un *Parnaso al revés* (2). Esta circunstancia no quitaba á las juntas académicas el orden y la regularidad que requieren, y el concienzudo secretario, don *Agustin de Montiano*, extendia las actas, en forma fria y grave como su autor, y las dejaba escritas de su puño y firmadas con su nombre académico, acompañadas de las poesías, por lo comun autógrafas, que se leian en la academia (3). A ella asistían de vez en cuando la *Condesa de Ablitas*, la *Duquesa de Santisteban*, la *Marquesa de Estepa*, que escribía versos, y otras ilustres damas; pero las que no solian faltar á las sesiones eran la *Condesa de Lémos*, presidenta, y la *Duquesa viuda de Arcos*, aficionadísimas al cultivo de las amenas letras. A ambas se refiere *Porcél*, cuando escribe al *Conde de Torrepalma*.... :

daderos nombres de *el Peregrino*, *el Aventurero*, *el Humilde*, *el Marítimo* y *el Dificil*. (Traducción de la *Historia de la Literatura Española*, por Ticknor. Nota, página 400.) Nosotros hemos descubierto los de *el Justo desconfiado*, *el Sátiro*, *el Amuso* y *el Zángano*. No hemos dado todavía con los demas. Sospechamos, por claros indicios que hallamos en un códice de don José Porcél, que algunos académicos no usaron más nombre que el suyo verdadero.

(1) De esta misma opinion es el cuerdo y perspicaz escritor don Cayetano Alberto de la Barrera. Véase su *Catálogo del Teatro antiguo español*, página 99.

(2) Obras de don Juan de Iriarte. *Epigramas latinos y castellanos*.

(3) Tenemos á la vista la coleccion de las actas originales. Copiamos á continuacion, como recuerdo histórico, aquella en que está consignada la entrada de Luzan en la academia.

ACADEMIA DEL 16 DE JULIO DE 1750.

La excelentísima señora Presidenta.
 El Dificil.
 El Aventurero.
 El Humilde.
 El Amuso.
 El Zángano.
 El Sátiro.
 El Peregrino.

Concurrió á esta junta la excelentísima señora Presidenta, con los académicos que van al margen; aumentando su número, con general satisfacción, el señor don Ignacio Luzan, que se denominó *el Peregrino*.
 Leyéronse los papeles que se presentaron, y conferidas, según es costumbre, las especies y reparos que resultaban de ellos, se disolvió esta junta, que firmó,

EL HUMILDE.

Tuvimos nuestra academia
 Esta semana pasada,
 Asistiendo ambas dos luces,
 Que no consumen, y abrasan.

Durante la existencia de la academia, esto es, desde el 3 de Enero de 1749 hasta el 15 de Setiembre de 1751, se casó en segundas nupcias la *Condesa de Lémos*, cambiando entónces este título por el de *Marquesa de Sarria*. Con este motivo se aumentó el esplendor de las fiestas que en su casa se celebraban. Según parece, eran en verdad notables el gusto y la elegancia de la casa de la *Condesa de Lémos*. Con pretexto de pintar una academia imaginaria, describe así *Porcél* el salon donde se celebraban las sesiones de la *Academia del Buen Gusto*:

Quedé absorto al ver lo régio y espacioso de la magnífica galería, cuyas doradas rejas daban vista á los jardines. Sus grandes paredes vestían primorosas pinturas, unas mitológicas y otras simbólicas, que explicaban todos los géneros de la poética. A trechos, las estatuas de las Musas con sus respectivas insignias, y en el testero Apolo coronado de rayos y pulsando la dorada lira. Desde esta pieza se dejaba registrar en parte otra, no ménos régia, que servía de biblioteca, la cual constaba de todas las obras poéticas de los españoles; siendo más y mejor lo manuscrito é inédito que lo que habia fatigado las prensas (1).

Tenia la *Marquesa de Sarria* talento y gracia para el arte de la declamacion, y representaba, con gran contento de sus amigos, en el elegante teatro que habia en su propio palacio. Una de las obras en que la aristocrática actriz desplegó con mayor gala sus brillantes dotes, fué la comedia de Zamora, *Castigando premia amor*. *Villarroel* no malogró la ocasion de escribir, en celebridad de la fiesta, uno de sus innumerables romances, siempre fáciles, conceptuosos y chabacanos, pero algunas veces ingeniosos y agudos. Hé aquí algunos versos, que dan idea del estilo de este clérigo alegre y chancero:

Excelentísima siempre
 Y dulcísima señora,
 Que por tan dulce, es milagro
 Que los pajes no te coman....
 ¿Qué diré de tu comedia?
 Pues hasta que tu persona
 En ella se presentó,
 No era comedia famosa....
 Tú le diste toda el alma,
 Y hasta, con el alma toda,
 Le diste el entendimiento,
 Y áun voluntad y memoria....
 Zamora, que de Dios goce,
 Ó que ya á este tiempo goza,
 Al verte á tí en su comedia,
 Diria: «Solo esto es gloria....»
 Saliste, pues, al tablado,
 Y luégo que el pié lo toca,
 Le salieron, de vergüenza,
 Los colores á la alfombra....
 Saliste, y áun sin hablar,
 Al ostentar la pomposa
 Belleza del coramvobis,
 Tú te llevaste la loa.
 Mas ¿qué mucho, si traías,
 Noblemente fanfarrona,

Por manos dos azucenas
 Y por ojos dos antorchas?
 A mí me pareció que era
 Á un tiempo tu voz sonora
 Archilaud, arpa, elave,
 Violin, cítara y tiorba....
 Con lo dulce del acento
 Lucía la accion airosa,
 Tan á compas, que la mano
 Haciendo estaba la solfa;
 Logrando, con elegante
 Equivocacion garbosa,
 Que los oidos te vean
 Y que los ojos te oigan;
 Pues estaba allí el concurso
 En una duda curiosa
 De si con las manos hablas
 Ó con los labios accionas....
 El teatro estaba hermoso,
 La compañía vistosa,
 Los galanes como soles
 Y las damas como solas....
 Yo, por lo ménos, no he visto
 Fiesta igual en toda Europa,
 Y hasta en ser fiesta sin fraile
 La tengo por milagrosa (2).

Una sola figura estaba allí como fuera de su centro, este estafalarío *Villarroel*, cuya musa indisciplinada ni se doblegaba á preceptos que habrian embargado su vuelo irregular, ni se

(1) *Juicio lunático*. (MS.)

(2) *Dictámen que forma don José Villarroel de la*

comedia en que representó mi señora la Marquesa de Sarria, ejecutada en la casa de su excelencia. (MS.)

arredraba ante los atildamientos de aquella esfera elegante y encumbrada. Su inalterable llaneza, su simpática condicion, su carácter sacerdotal, y principalmente su humor festivo, le granjeaban el aprecio de todos. A él le era lícito decir cosas contrarias al instituto y nombre de la academia, que en los labios de otro cualquiera habrían sido insolencia y descortesía. Al abrigo de su jovial y bondadosa índole había llegado á conquistar la impunidad de los juglares de otros tiempos. Siempre era aplaudido con entusiasmo, y nadie caía en la tentación de tomar por lo serio ni sus extravagancias literarias ni sus escabrosas agudezas (1). Acaso el mismo *Villarroel* no se decidió nunca tampoco á tomar por lo serio ni sus propios versos ni los ajenos. Comprendía que su época no era tiempo de poesía, y así lo expresaba claramente, diciendo:

Bien sé que el laurel de Apolo,
Hoy, más que corona, afrenta....

CAPÍTULO IX.

Poetas indisciplinables. — Villarroel. — Nieto Molina. — Marujan.

Á pesar del imperio que iban adquiriendo en las letras las prescripciones doctrinales de las *Poéticas*, y á pesar también de la autoridad que había ya cobrado el espíritu *académico*, en el nuevo sentido que empezaba á darse á esta palabra, no faltaban todavía poetas que, sin atreverse á negar la entonces decantada excelencia de las doctrinas clásicas, siguiesen, por hábito y por instinto, la senda que les señalaba su índole poética, indisciplinable y española. Tres de estos poetas, *Villarroel*, de quien acabamos de hablar, *Nieto Molina*, y *Marujan* merecen, si bien por diferentes títulos, mencion especial en la historia de la transformación del gusto literario en el siglo último.

Ingenioso, pero vulgar, sin altas cualidades de poeta, y absolutamente contagiado de la corrupción literaria, fué, sin embargo, *Villarroel* un escritor muy popular y estimado en el segundo tercio del siglo XVIII. Tuvo el privilegio singular de ser mirado sin saña y hasta con afición y simpatía por los reformadores de su época, *Luzán*, *Nasarre*, *Montiano*, *Velazquez*, y otros, que sin duda perdonaban su mal gusto en gracia de su donaire y su alegría (2).

Chancero por inclinación, y aficionado á la poesía chabacana, daba á veces en la manía de imitar á Calderón, no imitando en realidad sino aquello que es digno de censura, y levantando el númen con hiperbólicos artificios á costa del buen gusto y de la razón. ¿Qué gesto pondría *Luzán*, tan amigo del estilo llano y natural, al oír á *Villarroel*, en la Academia de la *Marquesa de Sarria*, pintar la aparición de *Santiago en Clavijo* con estas fantásticas y exuberantes imágenes?

(1) Una de las poesías que más hubieron de complacer á la Academia fué el *Romance de enhorabuena á la Condesa de Lemos, por el contrato esponsalicio con el excelentísimo señor don Nicolás de Carvajal y Lencastre, coronel de Guardias de su Majestad*. Tiene trozos escritos con soltura y donaire; pero al acabar se desmanda, como suele, haciendo alusiones de atrevimiento y perverso gusto.

(2) Ya reconocían los individuos de la *Academia del Buen Gusto* la indisciplinación poética de *Villarroel*. Así dice *Porcél*, aludiendo al éxito de sus chocar-

teros donaires, en el seno mismo de la Academia:

«¿Para qué nos están quebrando la cabeza los severos *poesi-peritos* (dice el famoso Molière), embrazando á los ignorantes y vendiéndoles como misterios del Trípede las leyes de la poética? La regla de todas las reglas ¿no es el dar gusto? ¿Qué mayor prueba de cuán vanas son las decantadas reglas del arte, que ver á un poeta que no quiere usarlas, sin más que llevarse de su genial chiste, ganarse la admiración y la complacencia de los mismos graves legisladores?»

Fiendo á su diestra todo
Su tren potente el Empireo,
Desde la gola á la greva
Robustamente guarnido;
Topacio el arnés lustroso,
Diamante el yelmo bruñido,
Y diluvios el estoque
Reverberando fulmineos;
Al céfiro tremolando
Luciente bandera, en que hizo
Enigmático misterio
Rubro esmalte en campo niveo;

En bucéfalo volante,
Que cuajó la esfera á armiños,
Fuego el alma, horror la vista,
Rayo el pié, trueno el relincho;
Estrellas por herraduras,
Rienda el Sol, jaez los signos,
Alpe el labio, aliento el Bóreas,
Roca el cuerpo, iris el giro;
Fogoso escaramuzando
En escarceos y brincos,
Por las campañas del aire,
El rutilante hipogrifo.... (1).

De esta entonación desmesurada no ha de inferirse que el instinto poético de *Villarroel* fuese propenso á levantarse hasta las nubes donde Góngora encumbraba, perdía ó embozaba sus pensamientos. En el ostentoso y elegante estrado de la *Condesa de Sarria*, ante aquellos graves y melindrosos reformadores del gusto, *Villarroel*, á quien todo se consentía en gracia de su donaire y de su despejo, se atrevía á dirigir á la Marquesa de Sarria y á la Duquesa de Arcos, diosas de aquel Parnaso aristocrático, versos tan chabacanos, que nuestra pluma se resiste á trascribirlos (2). Y cuenta que *Villarroel* había ya mejorado algún tanto su gusto literario, como se echa de ver desde luego comparando sus poesías impresas con las que aún se conservan manuscritas, las cuales corresponden sin duda á época anterior (3). Ni la prestigiosa influencia de aquellas encumbradas señoras, ni la autoridad de los primeros críticos de la nación, ni siquiera los miramientos propios del sacerdote, eran parte para inspirar al poeta la conveniente circunspección. Su índole burlesca era incorregible, y á tal punto llegaba á desmandarse, que la censura, por demás negligente y blanda por aquellos días en materia de urbanidad y decencia, al autorizar la impresión de las poesías de *Villarroel*, se vió en la necesidad de *reservar algunos pasajes*, que probablemente frisaban con la obscenidad. Era audaz hasta en el manejo de la lengua. Sin respetar el uso, árbitro de los idiomas, forma plurales á su antojo, y con cualquier nombre crea un verbo, por más extravagante que resulte (4).

En suma, su desenfado era su númen, y su musa, rebelde á las reglas de origen exótico de los preceptistas de su tiempo, ni se convertía á la nueva ortodoxia poética, ni ésta le quitaba tampoco cierto sabor rancio de la patria, que, en medio de sus extravíos, era acaso la razón principal del contento con que le escuchaban en aquella atildada asamblea de la *Academia del Buen Gusto*, donde su poesía insolente y chocarrera debía sonar como un extraño contraste y hasta como un anacronismo. *Porcél*, en el *Juicio lundático*, que leyó en aquella célebre *Academia*, llama á *Villarroel un gracioso Barrios* (5), *un Marcial castellano*, y más ade-

(1) El romance á que pertenecen estos versos fué sin duda escrito en la mocedad del autor. Se halla ya en el códice que posee el señor don Pascual de Gayángos, y contiene las poesías tempranas de *Villarroel*.

(2) Véase el romance escrito para la *Academia del Buen Gusto* por encargo de la Duquesa de Arcos y la Marquesa de Sarria. — *Poesías sagradas y profanas de don José Villarroel*. Madrid, por Andrés Ortega, 1761, en 4.º, pág. 188.

(3) Consérvanse estas poesías en el citado códice perteneciente á la colección de manuscritos del señor don Pascual de Gayángos.

(4) Sirvan de comprobación los siguientes ejemplos:

1.º
Así dice Holoférnes, cenando con Judit:
Por la boca y por los ojos

Néctar y veneno bebe,
Y de licor y belleza
Se rinde á dos embriagueces.
Bebe, y quiere beber más,
Agitado de dos fiebres,
Que aún no apagáran, helados,
Dos mares á sus dos sedes.

2.º

A lo que él hizo nobleza,
¿Quién lo tornó villanía?
Ni ¿qué borron lobreguice
Plana que Dios *candidiza*?

3.º

Tu lengua tiene una punta
Que pasará por encaje,
Y en el más sabio congreso
Puede *plenipotenciarse*.

(Poesías de don José Villarroel.)

(5) Alude al judío Miguel de Barrios, poeta del siglo XVII.